

**SEGUNDO SUBSIDIO
ITINERARIO de CONVERSIÓN
PERSONAL y COMUNITARIA
2015 - 2018**



**Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín**

“NO TE DETENGAS, ÉL TE ELIGIÓ PARA MÁS”

ÍNDICE

- Pág. 2 Introducción
- Pág. 2 Objetivos
- Pág. 4 El don que se recibe en lo escondido
- Pág. 20 La Noche de Nicodemo

INTRODUCCIÓN

En este segundo subsidio les presentamos los objetivos y el fundamento bíblico que van a ir guiando nuestro itinerario de conversión personal y comunitaria.

Dos artículos nos acercarán a la meditación de las Sagradas Escrituras, el primero nos guiará hacia el encuentro con: *“el Padre que nos ve en lo secreto...”*, La Biblista Dolores Aleixandre lo desarrolla en su artículo titulado: *“El don que se recibe en lo escondido, La interioridad en la Biblia”*. El Segundo artículo centrado en la persona de Nicodemo, personaje que encontramos hablando con Jesús en el evangelio según san Juan.

Los encuentros que Jesús tiene con distintos personajes, y que aparecen narrados en los Evangelios, no son meras historias de hechos pasados que nada tienen que ver con nosotros. Son los misterios de la vida de Cristo que se vuelven experiencia en la vida de los cristianos. A lo largo de estos tres años nos aproximaremos a Las Escrituras seleccionando tres personajes de los Evangelios que van a acompañar cada etapa de nuestro itinerario así para esta primera etapa meditaremos en la conversión del corazón: un camino que va de la oscuridad a la luz, de la ignorancia a la verdad, Nicodemo, quién fue de noche a ver a Jesús. En la segunda etapa, (año 2016) la escena de Jesús y la mujer Samaritana nos iluminará la inteligencia para creer en la persona de Jesús, por último, Zaqueo (año 2017) marcará el último tramo de nuestro itinerario con su cambio radical de vida, la conversión de la voluntad.

OBJETIVOS

Para pensar por qué proponemos un itinerario de conversión personal y comunitaria

- Necesitamos renovarnos a partir de una conversión personal.
- Fortalecer la vida comunitaria.
- Fomentar y afianzar la unión entre nosotros, crecer en las relaciones interpersonales, en la integración, en la comunicación.
- Profundizar más en nuestra vocación a la vida religiosa.
- Acompañar el itinerario de conversión pastoral para dar respuestas a las nuevas situaciones de la vida de la sociedad y de la Iglesia.

Objetivo general:

Redescubrir la interioridad como camino para nuestra propia conversión y renovación comunitaria.

Objetivos Específicos:

- Motivar y animar el don del llamado recibido de Dios.
- Redescubrir en la propia vida, pasada y presente, la presencia de Dios.
- Redescubrir el carisma agustiniano, vivir la agustinidad.
- Renovar, la calidad de la vida comunitaria, desde el proceso de la interioridad.
- Acompañar el proceso de reestructuración con una conversión de vida.
- Descubrir la conversión personal como camino hacia una fecundidad Pastoral.

"De ninguna otra cosa debe preocuparse uno en la vida sino de elegir lo que se ha de amar" No hace falta que cambies de lugar. Cambia de corazón"

San Agustín Sermón 96

Objetivo 2015

Conocimiento de sí mismo, aceptación de la propia realidad y aceptación de los límites.

Objetivo específico 2015:

- Desarrollar una personalidad madura y abierta al misterio.
- Asumir la historia personal para sanarla.
- Buscar los bienes eternos y avanzar gradualmente para alcanzar la plenitud humana, cristiana y agustiniana.

A continuación profundizaremos el tema de la interioridad en la biblia. Las Escrituras son como un espejo que nos ayudan a conocernos y vernos reflejados en ellas. Una invitación a entrar en esa habitación para encontrarnos con el Maestro Interior, recordando lo que san Agustín nos enseña para descubrir lo mucho que necesitamos de su presencia.

EL DON QUE SE RECIBE EN LO ESCONDIDO

LA INTERIORIDAD EN LA BIBLIA - Dolores Aleixandre RSCJ

"A medida que envejezco voy valorando más y más el descubrimiento del propio lugar como medida de la madurez, como conquista fundamental de la sabiduría vital. Ese lugar no es un espacio público, es decir, no tiene nada que ver con el éxito social. Es un sitio interior, algo así como una ligereza en la asunción de todas las capas de lo que uno es, aquellas que sé nombrar y aquellas para las que no tengo ni tendré nunca palabras. Es ese espacio íntimo desde el que no necesito preguntarme quién soy, ni representarme para los demás. Un lugar de serenidad probablemente inalcanzable desde el que se deben entender los secretos de la muerte y de la vida".¹

Ignoro si la autora de estas palabras ha leído alguna vez el sermón del monte en el evangelio de Mateo y más bien me inclino a pensar que no. En todo caso, resulta significativa su coincidencia con lo que allí leemos:

Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque les gusta plantarse de pie para orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para hacerse ver por la gente: os digo de verdad que ya han conseguido su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, cerrando la puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido. Y tu Padre que mira en lo escondido, te devolverá² (Mt 6,5-6).

También aquí aparecen contrapuestos dos escenarios muy diferentes: uno exterior, en un plural que incluye lugares religiosos y profanos, y otro interior, expresado con un término griego peculiar, *tameion*, que puede significar tanto la pequeña despensa de una casa como la habitación única de la casa judía. En cualquier caso está en oposición al espacio público y lo que se subraya es lo escondido.

Otro contraste intencionadamente buscado es el de los hipócritas, un colectivo presentado un poco ridículamente, frente al

singular y directo tú. A los primeros los ve la gente, al verdadero

¹ Rosa Montero, "En busca del lugar", El País Semanal 7 XI 99

² A la acción de dar (*didomi*), se responde con la de "devolver" (*apodidomi*). La preposición le da también un tono intensivo que permitiría traducirlo como "devolver con creces"

destinatario de la enseñanza sólo lo ve el Padre. Hay un juego de palabras significativo: en el término griego hipócrita está presente el verbo *cripto*, esconder, y es precisamente a lo escondido donde hay que acudir para orar. Los verbos que indican la postura y la actitud están también cargados de intención: estar plantado en pie (una postura estática y desafiante) frente a entrar (un gesto dinámico marcado por la preposición que indica un movimiento en dirección a algo). Tanto los hipócritas como el tú consiguen una recompensa (salario, paga, premio...) pero ahí aparece una absoluta diferencia: de los primeros se dice que la consiguen (o que se apoderan de ella), hasta el final son ellos los protagonistas y actores (nunca mejor dicho...). Ya se han ofrecido en espectáculo y se quedan satisfechos porque lo que iban buscando era verse reflejados en la mirada de los demás y obtener así un crecimiento en su propio prestigio. En cambio, el que entra en su aposento y cierra la puerta, deja atrás el mundo de los reflejos y se adentra en una oscuridad en la que ya no es observado por nadie de fuera: ahora sólo está expuesto a la mirada del único que ve lo escondido.

Imposible encontrar mejores imágenes para expresar lo que es la interioridad en la Biblia. Vamos a seguir la pista a ese ámbito de lo escondido y a sus caminos de acceso para tratar de descubrir en qué consiste el don que se recibe ahí.

1. EL ÁMBITO DE LO ESCONDIDO

¿Cuáles son los antecedentes bíblicos de ese lugar escondido? ¿Privilegia el AT algún espacio interior y oculto que favorezca el encuentro y la relación interpersonal? Un término hebreo, *qereb*, evoca el centro de un ser vivo, lo que hay dentro de él: vísceras, entrañas, interioridad e intimidad. El tema del centro es recurrente: Sofonías visualiza una Jerusalén con "el Señor justo en su centro", pero invadida también por ocupantes indeseables: príncipes rugientes como leones, jueces como lobos hambrientos, profetas que fanfarronean y sacerdotes que violan la ley. Presentimos una lucha por ocupar el espacio, pero al final se escucha una promesa que devuelve el ánimo: "Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde... El Señor ha echado a tus enemigos. No temas, Sión, el Señor tu Dios es dentro de ti un soldado victorioso..." (Sof 3, 3-4; 12-17).

Tanto en las narraciones como en la poesía encontramos "lugares de centramiento": los pozos, la tienda de la reunión, el Si-

naí, el templo, Sión... El arca, lugar de las manifestaciones divinas, se situaba a diferencia de la nube, en medio del pueblo. Al presentar a Esaú y Jacob, el narrador puntualiza que mientras que Esaú era experto cazador y por lo tanto hombre de grandes espacios, Jacob era un hombre de interior que permanecía voluntariamente sentado en su tienda (Cf. Gen 25,27). Y es que la tienda es un lugar íntimo que oculta muchos secretos: Sara escuchaba dentro de ella las palabras de los misteriosos visitantes de Abraham (Gen 18, 11) y será en esa misma tienda donde introduzca Isaac a Rebeca al tomarla por esposa (Gen 24,67).

"Me esconderá en lo escondido de su tienda", afirma un orante para expresar su seguridad (Salmo 27,5), y el Señor hablaba con Moisés en la tienda del encuentro "como un amigo habla con su amigo" (Ex 33,11). En una escena anterior le había ordenado esconderse en una hendidura de la roca para que no pudiera verle al pasar junto a él (Ex 33,22); quizá por eso elige Elías una cueva para esperar al Señor en el *Horeb* (1Re 19,9) y el autor del Salmo 84 compara al templo con la casa que encuentra un gorrión o el nido donde la golondrina coloca a sus polluelos (Cf. Sal 84 4). La novia del Cantar pide apasionadamente a su amado: ¡Ay, llévame contigo, sí corriendo, a tu alcoba condúceme, rey mío...! (Cant 1, 4) y afirma después: "Me introdujo en su bodega..." (Cant 2,4). Ella misma es para él "jardín cerrado y fuente sellada" (Cant 4, 12).

Otro término, el más frecuente del lenguaje bíblico para hablar de interioridad, es *leb*, corazón³, sede del conocimiento y de la integración unificadora. "Se le paralizó el corazón en su interior y se quedó como de piedra" (1 Sm 25,37). Se habla del corazón de algo para referirse a esa realidad como desconocida e inabarcable: "Tres cosas me son inalcanzables, cuatro no llego a comprender: el camino del águila en el cielo, el camino de la serpiente sobre la roca, el camino del barco en el corazón del mar y el camino del varón en la doncella (Pr 30,18). Se nombran cuatro caminos que antes no se han surcado y que por lo tanto no se conocen de antemano. El corazón del mar se refiere a la inexplorable profundidad de la alta mar "Vosotros estabais al pie del monte, mientras el monte ardía hasta el corazón del cielo" (Dt 4,11). Según 2Sm 18,14, Absalón cuelga del corazón de la encina, es decir del espeso ramaje interior.

3 Cf. H. W. Wolff, *Antropología del Antiguo Testamento*, Salamanca 1975, 63-86

Es un lugar inaccesible para los hombres pero no para Dios que "conoce los misterios del corazón" (Pr 44,22). Ante Él están patentes "incluso el seol y el reino de los muertos, cuánto más los corazones de los hijos de los hombres" (Pr 15,11). "No te fijas en su aspecto ni en su estatura elevada, El hombre mira lo que está a los ojos, mientras que Yahvé se fija en el corazón" (1Sm 16,7). Corazón indica en estos casos lo profundamente oculto, lo opuesto a lo exterior. Es la sede de los deseos ocultos, no expresados:

"Le has cumplido el deseo de su corazón, no le has negado lo que sus labios pidieron" (Sal 21,3) Gracias a él se escucha y se discierne: cuando Salomón pide a Yahvé "un corazón que escuche" (1Re 3,9), está pidiendo que el mundo no sea mudo para él sino que le resulte inteligible. Es el órgano de la voluntad, los planes, decisiones y las intenciones: a los colaboradores en la construcción de la tienda de reunión se los califica como gente "cuyo corazón se inclinaba a ello", aludiendo a su disponibilidad; cuando David afirma: "Tu siervo ha encontrado su corazón para orar en tu presencia" (2Sm 7,27) es como si dijera: "me he atrevido a..." y *Qohélet* recomienda: "Marcha por el camino de tu corazón" (Qo 11,9). En él se guarda fielmente el tesoro del recuerdo: "Las palabras que hoy te ordeno, deben estar sobre tu corazón" (Dt 6,6), "átalas a tus dedos, escríbelas en la tabla de tu corazón" (Pr 7,3).

Abrir el corazón es comunicar todo el saber: "¿Cómo puedes decir que me amas si tu corazón no está conmigo? Ya te has burlado de mí tres veces y no me has dicho por qué tu fuerza es tan grande" (Jue 16,15). Sansón dice querer a Dalila pero su corazón no está con ella, es decir no la hace partícipe de sus secretos. Con el corazón se conoce y por eso la máxima promesa que Israel recibió del Señor fue ésta: "Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo" (Ez 36,26) Por eso el sabio recomienda:

"Hijo mío, por encima de todo cuida tu corazón porque en él están las fuentes de la vida" (Pr 4,23). Pero no podemos olvidar que un israelita difícilmente puede distinguir entre exterioridad e interioridad, entre conocer y elegir, entre oír y obedecer. Frente a nuestro modo de pensar analítico y diferenciador, el pensamiento bíblico es sintético e integrador y considera las realidades no como totalmente independientes, sino como aspectos

de una misma cosa. La antropología occidental establece una marcada dicotomía entre alma y cuerpo, espíritu y materia, interioridad y exterioridad, mientras que para la semítica la vida es indivisible y la esfera interior no se puede separar de la actividad externa: corazón y manos están unidos en un único todo. Por eso el pensamiento bíblico no se detiene tanto en distinguir entre acciones e intenciones del corazón, sino en el modo justo de vivir, porque todo lo que una persona piensa y siente penetra en todo lo que hace y a la inversa.

“Dios busca la participación del corazón porque necesita vidas vividas en armonía con El a través de acciones que se arriesguen a incorporar el amor del propio corazón. El problema del corazón es habituar a la lengua y a los sentidos a comportarse en armonía con su visión interior⁴”.

“Camina en mi presencia y sé íntegro” (Gen 17,1) ordenó el Señor a Abraham, y esa integridad o unidad de la persona pone en relación lo interior con lo exterior. A ese trabajo de unificación profunda es a lo que se refiere Lucas cuando dice que “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19). El participio griego *symbolousa* expresa el trabajo de la fe para reunir los datos de la realidad con la promesa recibida, para que la Palabra acogida y guardada en el corazón proyecte su luz sobre la opacidad de los acontecimientos.

2. CAMINOS DE ACCESO

Según el texto de Mateo, para acceder a ese espacio secreto en el que ya no estamos más que bajo la mirada del Padre, hay que realizar un desplazamiento de lo exterior a lo interior (entra en tu aposento), y tomar después una decisión de ruptura y separación (cierra la puerta). A partir de ahí, se inaugura un nuevo modo de relación con el propio yo: el personaje público se ha quedado fuera y el sujeto que está “en lo escondido” ya no está bajo la mirada de otros, sino solamente ante la de su Padre.

Una decisión de itinerancia ¿Qué es lo que hay que dejar atrás y fuera? O lo que es lo mismo ¿de dónde hay que desplazarse, de qué lugares hay que escapar?

La tradición bíblica conoce bien, desde Abraham, ese dinamismo de peregrinación que supone arrancarse de “la propia tierra”

4 A.J. Heschel, *Dio alla ricerca dell' uomo*, Turín 1969, 331

(Gen 12,1). Más tarde habrá que dejar atrás otros lugares de muerte: "¡Saca a mi pueblo de Egipto!", ordenó Yahvé a Moisés (Ex 3,10); "¡Salid de Babilonia!" (Is 52,11), repitió muchos años más tarde por boca de un profeta en el exilio.

Pero mientras que aquellos lugares de opresión eran fácilmente reconocibles, otros eran prometedores de seguridad engañosa y una de las constantes de la predicación profética es desenmascararlos: "¡Ay de los que se sienten seguros en el monte de Samaría!" (Am 6,1); ¡Buscadme y viviréis! ¡No vayáis a Betel, no paséis a Gilgal, no vayáis a Berseba!" (Am 5,4), decía Amós denunciando la falsa tranquilidad de los convencidos de estar plantados en lugares de salvación, e identificando ésta con un culto compatible con un lujo conseguido a través de la opresión de los débiles.

Hoy ya apenas sabemos por dónde quedan aquellos lugares de nombres extraños pero ¿no tendremos más de un "Betel" en los falsos caminos de interioridad que ofrece el mercado? ¿No descubrimos rasgos idolátricos en ciertas invitaciones a una espiritualidad escapada del mundo? ¿No suenan a burbujas insonorizadas que preservan y sustraen de lo que ocurre en el ancho mundo de Dios, con sus luchas y conflictos? El imperativo "¡Buscadme!" es difícilmente compatible con la ideología de la autorrealización y con esa cultura del yo obsesionada monoteáticamente por el "¿qué sucede en mí?", "¿cómo me siento?"..., un universo que gira en torno al propio yo y que aleja de la servicialidad y el interés por los otros.

Una disposición a adentrarse en lo desconocido.

La llamada a salir del dominio de las apariencias y de las falsas imágenes del yo, supone que nos dirigimos hacia un adentro del que sabemos mucho menos que de las "sinagogas y plazas" del afuera. Las palabras del evangelio no son muy explícitas: sólo nos advierten de que es algo "escondido" y que, por tanto, queda fuera de nuestros controles y saberes.

Tuvo que aprenderlo Moisés en sus encuentros con el Señor "que descendía en una nube" (Ex 34,5), y también Salomón cuando en la inauguración del Templo "una nube lo llenó y los sacerdotes no podían officiar a causa de la nube" (1 Re 8, 10). Y tuvo que aprenderlo de otra manera Elías al escuchar la voz de *Yahvé* no ya en terremotos, tormentas, fuegos o huracanes, sino en "la

voz de un silencio tenue" (1 Re 19,12). El orante del Salmo 73 se debate con las preguntas que le despierta la prosperidad de los malvados frente a la situación desastrosa de la gente buena y se desespera al no encontrar respuesta. Pero, de pronto, se le abre una brecha de luz en medio de su oscuridad y encuentra la salida:

"Me puse a pensar para entenderlo pero me resultaba muy difícil. ¡Hasta que entré en los secretos de Dios...!" (Sal 73,17).

Muchos siglos antes de que se escribiera el evangelio de Mateo, alguien había hecho ya el recorrido de las apariencias a la autenticidad y había "entrado en lo escondido" del misterio de Dios, de esa otra dimensión que nunca podremos someter con nuestra mente inquisidora y clasificadora y que sólo atisbamos cuando rendimos nuestras resistencias a entrar en lo que nos desborda y renunciamos a nuestra avidez por saber y dominar⁵. Lo sabía bien Gregorio de Nisa: "Los conceptos crean ídolos de Dios, sólo el sobrecogimiento presiente algo⁶".

¿Cómo sucederá esto?, decía María en la anunciación, porque yo no conozco varón... (Lc 1,34). Y la respuesta que recibe es la de que será el Espíritu Santo quien "se hará cargo". Las palabras que ella pronuncia al final. "hágase en mí..." revelan que dejado de lado el "saber" y ha elegido el dejarse llevar.

Un paciente aprendizaje del silencio

Al que ha entrado en "lo escondido" no parecen hacerle falta muchas palabras, como si la mirada del Padre acallara todas sus inquietudes y sosegara la agitación de su discurso. "Cuando oréis, no habléis mucho..." (Mt 6,7), continúa la instrucción de Jesús acerca de la oración, haciéndose eco de la sentencia de *Qohelet*: "No te precipites con tu boca ni se apresure tu corazón a proferir una palabra ante Dios, porque Dios está en el cielo y tú en la tierra. Por tanto, sean tus palabras contadas" (Qo 9,17). La exhortación al silencio en la presencia de Dios es frecuente en la Escritura:

"El Señor está en su santo templo ¡Silencio en su presencia!"

5 U. Eco pone estas palabras en boca de uno de sus personajes de El nombre de la rosa: "Cuanto más viejo me vuelvo, más me abandono a la voluntad de Dios y menos aprecio la inteligencia que quiere saber y la voluntad que quiere hacer. Y el único medio de salvación que reconozco es la fe que sabe esperar con paciencia, sin preguntar más de lo debido".

6 PG 44 377B

(Hab 2,20) "El Señor es bueno para los que en él esperan y le buscan; es bueno esperar en silencio la salvación de Dios" (Lam 3, 25) "Sólo en Dios descansa (o "quédate callada") alma mía, de él viene mi esperanza" (Sal 62,1.6) "Juro que allano y silencio mi deseo. Como un niño en brazos de su madre como un niño sostengo mi deseo" (Sal 131,1) La traducción literal del comienzo del Salmo 65 sería ésta: "Para ti el silencio (es) alabanza⁷"

El relato de Génesis 24 presenta a Eleazar, el criado de Abraham, esperando junto al pozo de *Aram Naharaim* que Dios le dé a conocer cuál de las muchachas que llegan a sacar agua es la elegida para ser esposa de Isaac. Llega Rebeca y el narrador nos indica cómo acceder al conocimiento del designio de Dios: "El hombre la contemplaba en silencio para conocer si el Señor daba éxito a su viaje" (Gen 24,21). La misma raíz verbal aparece en la narración del paso del mar: "Moisés dijo al pueblo: No tengáis miedo; estad firmes y veréis la victoria que el Señor os va a conceder hoy; esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros esperad en silencio"(Ex 14,13).

Cuando las narraciones de los sinópticos insisten en el silencio de Jesús durante su pasión (Mc 14, 61; 15,5 y par.), se diría que están contemplando al Siervo que ya no deja oír su voz en las plazas, sino que ha sido adentrado en lo escondido del dolor y "él mismo en su silenciamiento hasta la muerte, deviene la parábola que había predicado: resulta de la muerte como *verbum*

7 Así lo comenta Maimónides: "Habiéndose dado cuenta todos de que aún lo que tenemos la facultad de percibir de Dios no hay otro medio de percibirlo que la negación, y no dándonos a conocer la negación absolutamente nada de la realidad de la cosa a que se aplica, todos, antiguos y modernos, han declarado que las inteligencias no son capaces de percibir a Dios, que El solo percibe lo que es y que percibirlo es reconocer que se es completamente incapaz de percibirlo. Todos los filósofos dicen: su belleza nos deslumbra y se nos oculta por la misma fuerza de su manifestación, del mismo modo que el sol se vela a los ojos, demasiado débiles para percibirlo. Lo más elocuente que se ha dicho en este intento son las palabras del salmista: "Sólo el silencio te conviene como alabanza (Sal 65,2); elocuente expresión de este concepto, pues digamos lo que digamos con el fin de exaltar y glorificar a Dios, le haremos con ello mengua y veremos en ello imperfección. Más vale callarse y reducirse a las percepciones de la inteligencia, como aconsejan los hombres perfectos diciendo: Pensad en vuestro corazón, en vuestro lecho, y guardad silencio (Sal 4,5). (Guía de perplejos 1,59, Ed. D. GZ MAESO, Madrid 1984, 35)

crucis. Hace de su silenciamiento parábola inaudita de Dios⁸.

Por eso, como dice Xavier Melloni, "tendríamos que aprender a callar. Pero no callar para quedarnos mudos, sino para quedarnos en silencio. Y es que hay un callar que procede de no saber qué decir y hay otro callar que procede de que hay tanto que decir, que nos sobrecoge y nos recoge y nos silencia para permitir que sea Otra Voz la que hable. Pero eso pide una obertura, una humildad, una confianza que, desgraciadamente, escasamente tenemos".⁹

Pero el silencio no es un fin en sí mismo y en eso difiere la interioridad cristiana de las invitaciones a acallar pensamientos y emociones para adquirir la paz mental. Sin dejar de reconocer el valor de ese esfuerzo, el evangelio nos invita a descender a otro nivel más hondo en el que el silencio ya no es obra nuestra, sino fruto de la actitud de escucha y de honda disponibilidad que va haciendo desaparecer de nosotros todo lo que se opone al deseo del Padre. Y ese silencio en el que ya no hay nada de artificial, nace de una comunión real de nuestro corazón profundo con Su voluntad.

3. EL DON QUE SE RECIBE EN LO ESCONDIDO

Las palabras de Jesús, además de la contraposición entre exterioridad / interioridad, ponen un claro acento en la recompensa: ya han conseguido su recompensa / tu Padre te devolverá...

Si exploramos esa "recompensa" que se recibe en la interioridad, podemos llamarla con estos nombres:

La experiencia de ser atraídos

El texto está marcado por imperativos: entra, cierra, ora... Y eso quiere decir que la iniciativa no parte de nosotros sino de Otro que es quien llama, invita y atrae: "Nadie puede acudir a mí si no lo atrae el Padre que me envió" (Jn 6,44). Tenemos secretas resistencias a creer que somos deseados por Dios y a que sea Él quien busque nuestra presencia y, sin embargo es de eso de lo que quieren convencernos los autores bíblicos, desde el Génesis al Apocalipsis: "Oyeron los pasos del Señor que se paseaba por el jardín al fresco de la tarde y el hombre y su mujer se

8 A.Alvarez Bolado, "El silencio de Cristo", en El silencio, Compilación de C. Castilla del Pino, Madrid 1991, 176

9 J.Melloni, El Ciervo, Noviembre 2000, 19

escondieron de su vista entre los árboles del huerto. Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo ¿Dónde estás?”(Gen 3,8-9).

“Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (Apoc 3,20).

Tanto en este último texto como en el de Mateo aparece una puerta separando dos ámbitos: el de fuera y el de dentro. En Apocalipsis habla el “Amén, el testigo fiel” que está “fuera” y llama a “abrir” esa puerta que le separa del que está “dentro” (la Iglesia de Laodicea), mientras que en el de Mateo, Jesús invita a “cerrar” la puerta. En ambos casos, el encuentro tiene lugar en el espacio interior y las imágenes para expresar la intimidad son la de una cena juntos o la de un intercambio de mirada y palabras. La experiencia de atracción desemboca en el descubrimiento de estar habitados y de que, cuando llegamos a contactar con nuestro corazón, Alguien nos está esperando. “Hijas, que no estáis huecas”, decía Santa Teresa¹⁰. Estamos “habitados”, no vacíos; no llegamos los primeros ni estamos nunca solos: “Mi Padre y yo vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14,23). Por eso hacemos la misma experiencia de Jacob en Betel: “Verdaderamente, el Señor estaba en este lugar y yo no lo sabía” (Gen 28,16)...

A partir de esa convicción de fe, podemos perder el miedo a contactar con todo lo que en nosotros es oscuro, desordenado o inquietante: “No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre (...) El Espíritu se hace cargo¹¹ de nuestra debilidad porque nosotros no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8,15. 26).

¹⁰ “Hay otra cosa preciosa sin ninguna comparación dentro de nosotras que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior (...) que tengo por imposible si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos” (Camino 48,2)

¹¹ El verbo que utiliza Pablo, *synantilambanein* es el que LXX utiliza en boca del suegro de Moisés cuando le recomienda: “La tarea es demasiado pesada para tus fuerzas (...) Busca algunos hombres capaces...y así os repartiréis la carga...” (Ex 18,22). La preposición *syn* evoca la idea de proximidad mientras que *anti* tiene el sentido de “en lugar de”.

El Espíritu "derramado" en nosotros hace posible una aceptación positiva de nuestra condición frágil y limitada porque, al "hacerse cargo" de ella, hace posible que dejemos de considerarla como un obstáculo entre Dios y nosotros. Y llegamos a alegrarnos de no ser ni "puros espíritus" ni "espíritus puros" sino algo mucho mejor: hijos del Padre capaces de hacer la misma experiencia que hacía presentir a Ignacio de Antioquía "una fuente de agua viva que murmura en mi interior y me repite: Ven al Padre...".¹²

La oportunidad de un comienzo absoluto

"Cierra puerta": algo en la expresión nos permite visualizar la interioridad como un espacio de inviolable intimidad, inaccesible para los otros y cuya posibilidad de ser conocido o compartido queda absolutamente en manos de nuestra libertad. Soy yo quien decide quién y qué puede entrar en ese espacio y por eso la "puerta" juega un papel liminal. "Una persona se distingue esencialmente de una cosa por un cierto mundo interior que convierte cualquier tentativa que trate de exponerlo a una coacción exterior, en una verdadera profanación. (...) La inviolabilidad es una vocación que ha de realizarse y no un bien adquirido. (El sujeto) aparece remitido a sí mismo para recrearse, liberándose de todo aquello que le impediría ser origen de ese yo a través del cual se afirma a sí mismo".¹³

Sólo ahí es posible un nuevo comienzo, sólo desde ahí somos capaces de hacer verdaderas opciones: el hijo menor de la parábola no se pierde de manera "inocente", como la oveja o la moneda de las otras parábolas: aparece como exigente, duro, derrochador, degradado al cuidar cerdos, calculador a la hora de su retorno. Cuando llega hasta el fin de sus iniciativas, descubre que no le eran suficientes y que se ha destruido a sí mismo: se ha transformado de "hijo" en "porquero" y de "heredero" en "compañero" de los cerdos. No le queda nada de lo recibido y su deseo está orientado hacia el alimento, no al encuentro con su padre. Todo el ámbito de la exterioridad le es hostil y es precisamente en eso momento cuando aparece el "punto de inflexión" de la historia: "Entonces, entrando en sí, se dijo: Me pondré en camino a donde está mi padre..."(Lc 15,17). Es en su interioridad donde encuentra la memoria de cómo es la vida en la casa de su padre y de donde le nace el deseo de volver a ella. Y el que

12 Carta a los Romanos

13 M. Zundel, Qué hombre y qué Dios, Madrid 2002, 38

aparecía marcado por la muerte, inexistente y perdido, es encontrado y entra finalmente en la vida.

Otra escena del evangelio describe de otra manera ese nuevo comienzo:

Salió de nuevo por la orilla del mar, toda la gente acudía a él, y él les enseñaba. Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado a la mesa de los impuestos, y le dice: «Sígueme». Él se levantó y le siguió. Y estando él a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían (Mc 2,13-15).

Leví, que estaba también "fuera" y solo, entregado por entero al mundo de las transacciones, escucha una llamada de Jesús, le da su asentimiento y abandona la mesa donde cobraba sus impuestos. El seguimiento en el que se ha embarcado lo lleva "dentro" y le sitúa ahora sentado junto a Jesús y a otros muchos en otra mesa alrededor de la cual da comienzo una etapa nueva hasta ese momento desconocida: la de la gratuidad, el perdón, la alegría y la fiesta compartidas (Cf Mc2,13-15).

El descanso de ser nosotros mismos

"Plantarse en las esquinas de la plazas para ser vistos" tiene el efecto perverso de que la propia vida llegue a depender sólo de estímulos externos y de cómo nos valoren los demás. Caemos en la servidumbre de la exterioridad y nuestro proceso vital se detiene. El movimiento al que nos invita la enseñanza de Jesús parece implicar una renuncia a ese tipo de salario y a las recompensas de la aprobación ajena. Hay que abandonar todo eso, como abandonaron los primeros discípulos sus redes y su barca; hay que "vender" todas esas posesiones de "parecer" para poder comprar el campo de la interioridad en que se esconde el tesoro (Mt 13,46). Se diría que el acento está puesto en la renuncia, pero la fuerza de los verbos de los que el Padre es sujeto "mira", y "devuelve", nos invitan a pensar en otra dirección.

Se nos invita a un trueque en el que arriesgamos pérdidas: cambiar la mirada de muchos por la de uno solo; salir de la luminosidad de las plazas para adentrarnos en la oscuridad de lo escondido. Pero la invitación encierra una secreta ganancia: la posibilidad de vivir desde lo que realmente somos, desde aquello que nos da identidad y consistencia. Todo puede invertirse si

llegamos a experimentar el hambre de otra cosa, lo mismo que al hijo menor de la parábola. Descubrimos que las "plazas" no nos dan más que apariencia de estabilidad pero que nos dejan sin suelo bajo los pies. Pedro Salinas describe poéticamente esa diferencia entre el "personaje" y el verdadero yo:

Ahí, detrás de la risa
ya no se te conoce.
Vas y vienes, resbalas
por un mundo de vales helados,
cuesta abajo;
y al pasar, los caprichos,
los prontos te arrebatan
besos sin vocación a ti,
la momentánea cautiva de lo fácil.
"¡Qué alegre!", dicen todos.
Y es que entonces estás
queriendo ser tú otra,
pareciéndote tanto
a ti misma, que tengo
miedo a perderte, así.
Te sigo. Espero.
Sé que cuando no te miren
túneles ni luceros,
cuando se crea el mundo
que ya sabe quien eres
y diga: "Sí, ya sé",
tú te desatarás, con los brazos en alto,
por detrás de tu pelo, la lazada, mirándome.
Sin ruido de cristal
se caerá por el suelo,
ingrávida careta inútil ya, la risa.
Y al verte en el amor
que yo te tiendo siempre
como un espejo ardiendo,
tú reconocerás un rostro serio, grave,
una desconocida alta, pálida y triste
que es mi amada.
Y me quiere por detrás de la risa.¹⁴

14 La voz a ti debida. Poesías completas (2), Madrid 1989, 35-36

"Al verte en el amor que yo te tiendo siempre"... Es ese amor tendido hacia nosotros en la mirada del Padre lo que hace caer el fardo del "personaje" que llevamos auestas y nos hace experimentar la asombrosa libertad de no tener que representar papeles, ni acumular méritos, ni disimular pobreza. Y al mostrarnos como realmente "somos", es decir, como hijos, en vez de como "parecemos", podemos acoger como pronunciadas también sobre nosotros las palabras del Padre sobre Jesús: Tú eres mi hijo querido, mi predilecto. Y entonces, la seguridad de ser así queridos nos llega más hondo que cualquier sentimiento de culpabilidad, desconfianza o recelo. Y a partir de nuestra condición de hijos amados, nos sentimos abrigados y a salvo "en lo escondido", envueltos en la protección cálida de un amor que nos acoge y nos posibilita la existencia y el crecimiento. Conducidos por el Pastor hemos llegado, por fin, a "las aguas del descanso" (Sal 23,3).

La experiencia del desbordamiento

"Tu Padre que ve lo escondido, te devolverá (te dará con creces)". La relación con el Padre aparece marcada con el signo de la reciprocidad, como si por el gesto de entrar y cerrar la puerta, obedeciendo a la invitación de Jesús, el Padre se convirtiera en nuestro "deudor". Es la misma convicción del autor de la carta a los Hebreos: "Al que sale al encuentro de Dios, le es preciso creer que existe y que no deja sin recompensa a los que lo buscan" (Heb 11,6). El infrecuente término griego, *misthapodotes*, que podría ser traducido por "dador de recompensa", evoca sugerentes imágenes que permitirían hacer la siguiente paráfrasis: "Si te decides a buscar a Dios, puedes hacerlo con la seguridad de que Él nunca dejará sin respuesta tu búsqueda". Y yendo más lejos en el imaginario: "En tu búsqueda, no te sientas como si estuvieras lanzando pelotas contra el muro de un frontón; tu juego se parece más a una partida de tenis en la que, del otro lado de la red, un experto Jugador está atento a cada uno de tus movimientos para responder a ellos".

Estamos ante una "maqueta" del proceso de la fe que se repite una y otra vez en toda la Biblia: en su inicio existe siempre una palabra provocadora que parte de la absoluta gratuidad de Dios: "Sal de tu tierra" (Gen 12,1), "Extiende tu mano sobre el mar" (Ex 14,16) "Yo estoy contigo para librarte" (Jer 1, 8) "No temas María, vas a concebir y a dar a luz un hijo..." (Lc 1,30); "No temas, basta con que tengas fe" (Mc 5,36); "Tú eres Simón, hijo de Juan, tú te

llamarás Pedro" (Jn 1,42); "Entra..., cierra...tu Padre te devolverá..." (Mt 6, 6).

La Palabra recibida abre ante el creyente posibilidades que no se pueden comprobar inmediatamente: a un oscura nómada, la posesión de una tierra ; al líder de un pueblo que escapa de la esclavitud, atravesar un mar amenazador; a un profeta tembloroso, experimentar en medio de los conflictos una fuerza que no es suya; a una muchacha de un pueblo perdido de Galilea, llegar a ser madre del Mesías; a Jairo, la afirmación insólita de que su hija muerta sólo está dormida; a Simón, la promesa de una consistencia que le llevará más allá de su condición frágil; al buscador de prestigio y gratificaciones, un amor incondicional.

Nada de lo que se les prometía era verificable pero en eso consiste el "juego" de la fe: "Si no os apoyáis en mí, nunca vais a experimentar que sois sostenidos" (Is 7,9), decía el Señor a Acáz, Un abismo de aguas profundas e infranqueables se abre ante el creyente que siente su imposibilidad de cruzarlo sin perder pie. Como única garantía cuenta con la palabra de otro que le dice: «No tengas miedo, hay roca debajo aunque no puedas verla, puedes atravesarlo apoyándote en ella..." y a partir de ese momento la decisión queda en sus manos. Puede preferir quedarse inmóvil, paralizado por el miedo a lo que aún no ha comprobado por sí mismo, aferrado a la seguridad que le ofrece la orilla familiar. O puede, apoyado en esa Palabra, decidirse correr el riesgo de avanzar hacia lo desconocido.

Y será sólo allí donde hará la experiencia de que existe una Roca que sostiene a todo el que se atreve a apoyarse en ella y lo que encuentre desbordará siempre con creces su expectativa.

La llegada al lugar prometido

Cuando Jesús decía: "Me voy a prepararos un lugar" (Jn 14,2) ¿no era precisamente a éste al que se estaba refiriendo? Porque si consentimos a que, allá adentro, la definitiva mirada sobre nosotros la tenga el Padre, entramos en un lugar en el que ya no se "gana" ni se "obtiene", sino que se "recibe" la certeza de ser plenamente acogido, de no ser juzgado, ni condenado, ni comparado.

Al emigrar de los viejos suelos que sustentaban nuestro yo, nos encontramos anclados en otro centro y respirando otro aire. Y

frente al desgaste de la avidez y de la apropiación, la experiencia del don inmerecido de la relación filial, nos aquieta y ensancha el corazón.

“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador porque ha mirado la humillación de su esclava” canta María en el *Magnificat* (Lc 1,48), reconociendo que en esa mirada está la fuente de su júbilo. Pero ella, sin detenerse ahí, vuelve sus ojos allí donde Dios los tiene puestos, y contempla la historia con la misma mirada en la que se ha sentido envuelta. Vuelve a “las plazas” de la realidad con unos ojos nuevos y junto a un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida: hay hambrientos, pobres y humillados; hay ambiciones y poderes opresores que son su causa. Pero ella no se deja engañar por las apariencias, sino que es capaz de perforar la realidad y ver las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y por eso se adelanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías.

La exterioridad vacía y sus relaciones de apropiación han perdido su poder de seducción y han dejado al descubierto sus trampas. El que retorna a ella después de haber estado “en el lugar del Hijo”¹⁵, lleva grabadas en el corazón “las marcas de Jesús” (Gal 6,17) que hacen de él un hijo y un hermano. En contacto con el Padre ha saboreado lo que es una relación de alteridad y es ese tipo de encuentro el que ahora va buscando.

“A quien tiene a Dios en la lengua, todo le sabe a Dios”, decía Taulero. A quien sabe vivir desde lo escondido bajo la mirada del Padre, todos se le vuelven hermanos.

¹⁵ “La oración nos sitúa en el lugar del Hijo que vive vuelto al Padre, disponible y a la espera del Espíritu. Es más importante estar en ese lugar que descubrir lo que se encuentra en él. Y ahí, afrontar el silencio de Dios. El Espíritu Santo nos trae al Verbo cuando aceptamos no tener nada que decir ni que hacer” (Notas de unos Ejercicios de C. de Chergé, Prior trapense asesinado en Argelia en 1996).

LA NOCHE DE NICODEMO

Nicodemo aparece en tres ocasiones a lo largo de los 21 capítulos del evangelio según san Juan. Se le presenta como uno de los jefes de los judíos, probablemente un miembro del Sanedrín, que viene a visitar a Jesús una noche (Jn 3, 1ss). Más adelante,

defiende a Jesús delante de sus colegas (7, 50-52) y por último participa en su sepultura junto a José de Arimatea, ambos judíos y discípulos clandestinos de Jesús. (19, 38- 42). Nicodemo es mostrado como una persona recta, miembro de la clase dirigente, aunque su influencia sea limitada. Estas apariciones escalonadas nos permiten seguirle la pista, percibir su evolución y nos abren a un pequeño itinerario que puede ayudarnos a mirar nuestro propio camino de fe.

El Texto

2,23 Como estuviera en Jerusalén durante la fiesta de Pascua, muchos creyeron en su nombre viendo los signos que hacía. 24 Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos 25 y no tenía necesidad de que nadie atestiguase sobre el hombre, porque él mismo sabía lo que había en el hombre. 3,1 Pues bien, había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, uno de los notables judíos. 2 Acudió a él (a Jesús) de noche. (Nicodemo) le dijo: «Rabbí, lo sabemos, de parte de Dios has venido como un maestro; en efecto, nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él». 3 Jesús respondió y le dijo: «En verdad, en verdad te digo: si uno no es engendrado de arriba, no puede ver el reino de Dios». 4 Nicodemo le dijo: «¿Cómo puede un hombre ser engendrado cuando es viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y ser engendrado?» 5 Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo; si uno no es engendrado de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. 6 Lo que ha nacido de la carne, es carne; lo que ha nacido de Espíritu es espíritu. 7 No te extrañes si te he dicho: 'Tenéis que ser engendrados de arriba'. 8 El viento sopla adonde quiere; y tú oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni adonde vuelve. Así pasa con todo lo que ha nacido del Espíritu». 9 Nicodemo respondió y le dijo: «¿Cómo puede hacerse esto?». 10 Jesús respondió y le dijo: «Eres maestro en Israel, ¡pero no sabes esto! 11 En verdad, en verdad te digo: Nosotros hablamos de lo que sabemos y atestiguamos de lo que hemos visto, ¡pero vosotros no acogéis nuestro testimonio! 12 Si cuando les dije las cosas terrenas no creísteis, ¿cómo creeréis si les llevo a decir las cosas del cielo? 13 ¡Sí! Nadie ha subido al cielo más que el que bajó del cielo, el Hijo del

hombre. 14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, 15 para que todo hombre que cree tenga por él la vida eterna. 16 Porque Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga la vida eterna. 17 Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de él. 18 El que cree en él no es juzgado; el que no cree, está ya juzgado, porque no creyó en el Nombre del Hijo único de Dios. 19 Y el juicio es éste: la luz vino al mundo y (sin embargo) los hombres amaron las tinieblas más que la luz, pues sus obras eran malignas. 20 Pues todo el que realiza el mal odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean manifestadas; 21 pero el que hace la verdad viene a la luz, para que se manifieste que sus obras están realizadas en Dios». 22 Después de esto, Jesús fue con sus discípulos al país de Judea y allí se entretenía con ellos y bautizaba.

A lo largo de la conversación con Nicodemo (Jn 3, 1ss) progresa la revelación. En las bodas de Cana, con el agua convertida en vino, el orden antiguo pasaba simbólicamente al orden nuevo.

Jesús a Nicodemo le revela la naturaleza de este paso: el nuevo nacimiento por el Espíritu, evoca al Hijo del hombre que ha de ser «elevado» para que sea dado el Espíritu. Del mismo modo que los discípulos habían acogido el signo de Cana, y luego Juan el Bautista toma el relevo de Nicodemo y confiesa la fe cristiana en la revelación de Jesucristo.

El mensaje que el evangelio nos trasmite en forma de un cálido diálogo consiste en comprender y aceptar la realidad del reino de Dios, más precisamente: ver el reino, conocer en ese diálogo cálido al único testigo autorizado. Notemos el itinerario, primero: va de noche aunque, atraído por los signos que le indican que Jesús procede de Dios, segundo: se encuentra cara a cara con Jesús, tercero: el anuncio del nuevo nacimiento, Jesús le confía algo grande. Este progreso lo vamos a ir leyendo bajo la óptica del proceso de conversión agustiniano.

Cada una de las intervenciones de Jesús, en el diálogo con Nicodemo, está señalado con un doble amén "en verdad, en verdad te digo"...

1. V.3 «En verdad, en verdad te digo: si uno no es engendrado de arriba, no puede ver el reino de Dios»

2. V.5 «En verdad, en verdad te digo; si uno no es engendrado de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios...

3. V.11 En verdad, en verdad te digo: Nosotros hablamos de lo que sabemos y atestiguamos de lo que hemos visto...

1. Fue de noche

Nicodemo, fariseo, maestro en Israel y miembro del sanedrín, representa a los que, se dejan impresionar por los milagros de Jesús y esperan de él alguna luz. No es exacto hacer de Nicodemo el modelo del realismo con los pies en la tierra, en definitiva, Juan no ve en él más que al hombre que busca y por eso lo define como «el que acudió a Jesús» ¿Nada más? ¿Por qué «de noche», un detalle que se mantiene en la mención de Nicodemo en Jn 19, 39? ¿Acaso porque la costumbre judía recomienda el estudio nocturno de la *torā*? ¿o «por miedo a los judíos»? Jn 19, 38 cf. 12,42. Pero a Nicodemo no le falta el coraje, este detalle sugiere el estado de ignorancia en que se encuentra Nicodemo, y lejos de asemejar esta noche a «las profundidades tenebrosas de la carne», se puede presentir con san Agustín la atmósfera misteriosa que va a envolver la conversación, tanto por su forma (doble sentido) como por los temas tratados: el nuevo nacimiento y el misterio del Hijo del hombre (san Agustín Homilías XI, 4-5). Al dirigirse a Jesús, Nicodemo viene de la noche hacia la luz, presente ahora en el mundo (Jn 3,19). Lo mismo que Juan Bautista durante la primera jornada buscaba al *Desconocido* sin haber identificado aún al Mesías, también Nicodemo busca a Dios en la noche hasta que reconozca la luz en Jesús.¹⁶

En estos balbuceos iniciales con el Señor, vamos también nosotros algunas veces como Nicodemo, ocultándonos por lo que representamos para los demás. Brotan en nuestra mente los comentarios que surgirán si esto se hace público y nos interrogamos diciendo: ¿Qué van a pensar de mí? Sentimos miedo o vergüenza de ser vistos con el Señor. Ir por la noche (Jn 3,2) a ver a Jesús, manifiesta la ausencia de una respuesta. La noche oculta nuestro rostro, también nuestro destino; en la noche trágica del huerto de los Olivos, Jesús recibe la respuesta de un beso (Mt 26,48) que lo traiciona. El beso más amargo que la historia conoció y que indicó al autor de la vida, como un ladrón nocturno.

¹⁶ León Dufur, *Lectura del Evangelio de Juna* vol. 1, pág 228.

Vivir en la noche, supone sentirse cómodo en esa especie de anonimato, en donde los rostros sombríos se tornan desconocidos. La noche se resiste a la luz, no quiere que se iluminen sus secretas intenciones. ¿Cuántas vidas de fe se ocultan por temor o vergüenza? ¿Cuántas veces nuestra vida de fe ha sido reprendida por una voz desconocida (el enemigo), invitándonos a ocultarnos en la noche? Nuestra noche, nuestra propia oscuridad. Si en Nicodemo nos miramos podemos afirmar que siempre vamos de noche a ver a Jesús. Reconocer nuestras oscuridades y la posibilidad que tenemos de alcanzar la alegría de la luz verdadera, en esto consiste en el primer paso de nuestro itinerario de conversión personal.

Al igual que Nicodemo, también nosotros tenemos motivos para ir al encuentro de Jesús, vamos a él atraídos por su novedad, necesitados de la luz, vamos ignorando quienes somos para que su resplandor dé sentido a nuestras vidas. Vamos, porque no podemos vivir en la noche de nuestra ignorancia.

2. Cara a cara con Jesús

Nicodemo está frente a Jesús. Ha ido hasta Él, movido tal vez por un sin fin de motivos: curiosidad, búsqueda, intuición, reconoce que en Jesús hay una cierta presencia de Dios en Jesús (nadie puede hacer lo que tú haces si Dios... Jn 3,2), estos elementos que se encuentran en su corazón son los que deben salir de la oscuridad, para ponerse delante de la luz que lo penetra todo.

En el corazón de Nicodemo a partir de aquella noche, se ha desatado una batalla, algo lo ha atraído, un débil rayo que ha penetrado por algún resquicio de su existencia ha comenzado a invadirlo totalmente. La oscuridad de Nicodemo contrasta con la luz que viene de Jesús. Él está allí esperando que Nicodemo se deje amar. Podemos decir con San Agustín " ¡Señor, Señor! ¿Con qué modos y de qué manera te insinuaste en aquel corazón?".

El texto no indica la pregunta o la inquietud que Nicodemo presentó a Jesús, solo se reproduce la respuesta del maestro, que caracterizan las declaraciones solemnes del mismo Jesús: "El que no nace anóthen no puede ver el Reino de Dios" Jn 3,3. El adverbio griego *anóthen* puede traducirse tanto por "de nuevo" como por "desde lo alto". Se provocará así el malentendido de

Nicodemo, como es habitual en este evangelio. Nicodemo entiende la frase en sentido terrenal "¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno materno y volver a nacer? Jn 3,4 .¹⁷

Es notable cómo el v. 11 introduce un "nosotros" a un "ustedes". El empleo del "ustedes" llamó ya la atención en el v. 7, en donde se explicaba fácilmente: lo que Jesús decía a su visitante valía no sólo para él, sino para cualquier individuo. Pero ¿por qué Jesús dice "nosotros" y no YO? En nuestro texto en vez de evocar los signos (que sin embargo fueron los que motivaron a Nicodemo para que fuera a visitarle), Jesús exige la fe en su palabra sin más: esta palabra es la de un «testigo». Jesús habla, no de su propia cosecha, sino de «lo que sabe» actualmente, por haberlo visto (y oído: 3,32) junto al Padre. Un detalle muy propio de Juan: el verbo *eórákamen* («hemos visto») está en perfecto-presente, lo cual permite decir: «lo que seguimos viendo»; este matiz no se le puede escapar al lector del prólogo que ha contemplado al Logos que «está junto a Dios» (1,1.2), al Hijo «vuelto hacia el seno del Padre» (1,18). Jesús es testigo del misterio de Dios por un título sin igual; rechazar su testimonio es rechazar la «tradicción» que viene del Padre. Así pues, todo se basa en su credibilidad, o mejor dicho en la acogida que se presta a su persona, ya que un testimonio no se prueba al final de una discusión, sino que se acepta o se cuestiona según la confianza que se tiene en el testigo. Pues bien, Jesús conoce la resistencia secreta del hombre a la luz (cf. Jn 2,24s): el "ustedes" engloba aquí, junto con Nicodemo, a todos los que en Israel dudan en creer en su revelación.¹⁸

Cuando tengamos purificados los corazones, entonces veremos cara a cara: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Y ¿cómo se purifican si no es por la fe, conforme dice San Pedro en los Hechos de los Apóstoles: Limpiando con la fe sus corazones? Luego por la fe se purifican nuestros corazones, para que puedan ser capaces de conseguir la visión. (Comentarios a los Salmos 123,2).

3. Nuevo nacimiento, del Espíritu

Nicodemo en su nocturno peregrinar comprendió que el nacimiento de los discípulos del Señor estaba unido a la cruz.

¹⁷ Luis Rivas, El Evangelio de Juan, p. 157

¹⁸ Cf. León Dufur, Lectura del Evangelio de Juna vol. 1, pág 235-236.

“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo hombre que cree tenga por él la vida eterna” (Jn 3,14-15).

En el testimonio de un amor hasta el extremo, más fuerte que la muerte (pecado), Nicodemo había logrado reconocer que todas estas realidades estaban en Jesús; en el episodio del capítulo 19, este discípulo, llevaba en sus manos mirra y aloe, para ungir y sepultar dignamente a Jesús. Cuantos recuerdos se agolparían en la mente de Nicodemo, pero evidentemente lo ocurrido aquella noche tendría un lugar especial. Aquel modo anónimo, por la hora de su llegada y el temor de ser visto con Jesús, lo encontraba ahora como testigo de la entrega del amor de Dios. Jesús lo había preparado diciéndole: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo hombre que cree tenga por él la vida eterna” (Jn 3,14-15). A Nicodemo le toca ahora bajar de la cruz al que fue humillado por nuestra iniquidad.

La sombra de la Cruz se posaba sobre él como una antorcha luminosa que iba respondiendo a sus preguntas. Estas iban desapareciendo, había pasado de la resistencia de Israel a la aceptación de María. Estar allí no era una carga sino un privilegio, tal vez sin saberlo desde aquella noche, Dios lo había estado preparando, para vencer ese modo anónimo de estar presente ante la Cruz de Jesús.

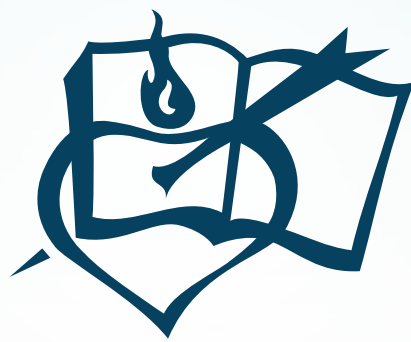
Nacer de la altura de la Cruz. La humildad es el vehículo que nos eleva, san Agustín afirma: *“No hay quien nazca del Espíritu si no es humilde. Es la humildad misma la que nos hace renacer del Espíritu; el Señor está junto a los de corazón contrito”.* (San Agustín Tr. Ev Jn 12,6)

En el testimonio de la Cruz de Jesús encontramos la verdad del amor de Dios por la humanidad, Dios amó tanto al mundo que entregó a su propio Hijo. Es en la Cruz de nuestros pecados dónde misteriosamente fue levantado el Hijo de Dios, reconocamos en esta elevación el lugar apropiado para el nacimiento. Entremos en este santuario. Buscando dar el paso de nuestra oscuridad a la luz de su divina presencia.

Tal vez estas preguntas puedan ayudarnos a meditar:

1. ¿Percibimos la presencia de Jesús? ¿Nos sigue diciendo algo? ¿Nos ponemos frente a Él?
2. ¿Cuáles son las resistencias que vencimos para ir hacia Él?
3. ¿Cuáles resistencias continúan presentes?
4. ¿Cuál es la imagen de Dios que hay en mí corazón?
5. ¿Cómo es mi historia con Jesús?
6. ¿Cómo vivo mi peregrinación?
7. ¿Soy un anónimo ante la Cruz del Señor?

No hay quien vea al Espíritu; ¿Cómo, pues, se oye su voz? ¿Se oye un salmo? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye el Evangelio? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye la palabra divina? Es también la voz del Espíritu. *Se oye su voz y no se sabe de dónde viene ni adonde va.* Y si tú naces del Espíritu serás tal que quien no ha nacido aún del Espíritu no sabrá de ti ni de dónde vienes ni adonde vas. Esto es lo que añade el Señor: *Así es todo el que ha nacido del Espíritu.* (San Agustín Tr. Ev Jn 12,6)



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín